



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A CANADÁ

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

*Domingo 16 de septiembre de 1984
Catedral de Santa María de Winnipeg*

Queridos hermanos y hermanas:

1. A la hora del mediodía nos hallamos reunidos en la catedral de Santa María para rezar juntos el Ángelus. El Señor nos invita a hacer una pequeña pausa y a pensar en compañía de la Santísima Virgen y de todos los santos en el misterio de la Redención y elevar nuestra voz en alabanza de la Santísima Trinidad. Es una alegría encontrarme con vosotros aquí, en Winnipeg, y sobre todo unirme en oración con la comunidad católica local. A todos os saludo en la paz y amor de Cristo, y extendiendo mi saludo cordial a todo el querido pueblo de esta ciudad y de la provincia de Manitoba.

En el Evangelio de este domingo XXIV del tiempo ordinario. Pedro plantea a Jesús esta pregunta: "Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces? Jesús le contestó: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (*Mt 18, 91-22*).

"Setenta veces siete". Con esta respuesta el Señor quiere que Pedro tenga claro, y nosotros también, que *no debemos poner límites a nuestro perdón* a los demás. Al igual que el Señor está siempre dispuesto a perdonarnos, también nosotros debemos estar prontos a perdonarnos mutuamente. Y ¡qué grande es la necesidad de perdón y reconciliación en nuestro mundo de hoy, en nuestras comunidades y familias, en nuestro mismo corazón! Por esto, el sacramento específico de la Iglesia para perdonar, el sacramento de la penitencia, es un don del Señor sumamente preciado.

En *el sacramento de la penitencia* Dios nos concede su perdón de modo muy personal. Por medio del ministerio del sacerdote, vamos a nuestro Salvador con el peso de nuestros pecados. Confesamos que hemos pecado contra Dios y contra nuestro prójimo. Manifestamos nuestro dolor y pedimos perdón al Señor. Entonces, a través del sacerdote, oímos a Cristo que nos dice: "Tus pecados quedan perdonados" (*Mc 2, 5*): "Anda y en adelante no peques más" (*Jn 8, 11*). ¿No podemos oír también que nos dice al llenarnos de su gracia salvífica: "Derrama sobre los otros setenta veces siete este mismo perdón y misericordia"?

3. Esta es la obra de la Iglesia en todos los tiempos, este es el deber de cada uno de nosotros: "profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad" (*Dives in misericordia*, 13), derramar sobre todos los que nos encontremos cada día la misma misericordia ilimitada que hemos recibido de Cristo. Y también ponemos en práctica la misericordia cuando nos sobrellevamos "mutuamente con amor; siempre humildes y amables, comprensivos" (*Ef 4, 2*). Y damos a conocer la misericordia de Dios por medio del servicio generoso e incansable como el que requiere el cuidado de la salud de los enfermos y la investigación médica realizada con entrega perseverante.

En este día del Señor en que celebramos la expresión más plena de la abundante misericordia de Dios la cruz y resurrección de Cristo, alabemos a nuestro Dios que es rico en misericordia. E imitando su gran amor, perdonemos a todo el que nos haya ofendido del modo que sea. Con la Bienaventurada Madre de Dios, proclamamos la misericordia de Dios que se extiende de generación en generación.